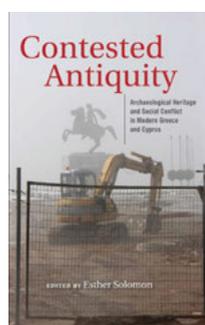


Patrimonio arqueológico y conflicto social

Paraskevi Kouvatsou

paraskevi.kouvatsou@academicos.udg.mx



Esther Solomon (ed.): *Contested Antiquity: Archaeological Heritage and Social Conflict in Modern Greece and Cyprus*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press, 2021, 330 pp.

Contested Antiquity: Archaeological Heritage and Social Conflict in Modern Greece and Cyprus es un libro colectivo coordinado por Esther Solomon, producto del trabajo realizado durante los últimos siete años. Está conformado por una rigurosa introducción, que incorpora los estudios dentro de un amplio panorama de perspectivas de investigación, y diez capítulos organizados en tres principales ejes temáticos. Con fundamentos de análisis en el pensamiento teórico crítico y en los enfoques poscoloniales, los autores profundizan en la manera multifactorial en que las antigüedades griegas y chipriotas materializan la memoria en relación con diferentes perspectivas sociales y proporcionan un marco de contacto con el pasado colectivo.

Sus estudios transversales posibilitan la interconexión del contenido de todos los capítulos, recomponiendo un amplio horizonte de análisis en el que el patrimonio arqueológico condensa una importancia simbólica de pertenencia y continuidad, a través de una relación dialéctica que se sitúa en el corazón de los fenómenos sociopolíticos de los últimos dos siglos. Asimismo, el contenido teórico de estas aportaciones hace posible trascender los límites geográficos de ambos

países, permitiendo el análisis de la compleja realidad de los proyectos identitarios, donde los significados incorporados en diversas antigüedades se asocian con las expectativas del presente por medio de un proceso cultural conflictivo derivado de la heterogeneidad social y de las subyacentes políticas memoriales.

La primera parte, dedicada a las perspectivas históricas y las implicaciones actuales de los escenarios nacionalistas y colonialistas, examina la manera en que se ha configurado el supuesto pasado nacional de Grecia bajo una lógica criptocolonial, revelando un constante esfuerzo para imitar actitudes y rasgos que caracterizan a otros países europeos, donde la herencia clásica fue un elemento constitutivo de los Estados modernos, reencarnada a través de los ideales neoclásicos. De acuerdo con este modelo de Herzfeld (2011), el imaginario griego contemporáneo se basa, en gran medida, en una gloriosa narrativa arqueológica que procura ocultar sentimientos de inferioridad provocados por comparaciones negativas con su presente o con otros países europeos, cuidadosamente enmascarados bajo un agresivo alegato histórico de superioridad cultural.

Como argumentan varios autores del libro, esto conlleva narrativas oficiales que se apegan a la supremacía ecuménica de los bienes patrimoniales del periodo clásico por encima de cualquier otra expresión cultural, debido a una necesidad de reafirmar constantemente el excepcionalismo griego a través de la visibilidad original que proporcionan los testimonios materiales inscritos en la vida cotidiana de los griegos. La carga simbólica de las antigüedades clásicas, como un legado épico, propiedad de la nación contemporánea o como proyecto turístico que reclama una perpetua atención universal, recompone un patrimonio doloroso y traumático que carece de una relación dialéctica y de un marco interpretativo coherente que contextualice el pasado griego dentro de las preocupaciones contemporáneas.

Así, en el primer capítulo, Plantzos demuestra cómo el discurso político en Grecia permanece atrapado en la necesidad de recalcarse como verdadera dueña de la cultura helénica y de los valores occidentales, utilizando el legado de la antigüedad como parte de un espectáculo destinado a los turistas, que se torna fosilizado y atemporal, cayendo irónicamente en la trampa de seguir actuando para los europeos como una colonia intelectual.

Por otra parte, Sakka visibiliza las hegemonías disfrazadas y la retórica capitalista, implícitas en proyectos de cooperación arqueológica como las excavaciones suecas en Ásine. Su cautivante relato ilumina las relaciones de subordinación entre los griegos y sus aliados extranjeros, que se encarnaban en violaciones a la ley griega, en compromisos de reciprocidad, así como en sentimientos de inferioridad que cuestionaban el prestigio técnico, académico y cultural del país.

En seguida, la colaboración entre Bounia, Nikolaou y Stylianou-Lambert estudia el paradigma chipriota, en donde las antigüedades respaldaron la dominación política de la isla y la distinción de dos principales comunidades étnicas; evidenciando las relaciones de poder que incorpora el pasado selectivo, en constante

cambio según las necesidades de cada momento, que pretendían justificar el colonialismo británico, la autonomía de la isla o la unidad política con Grecia.

En el cuarto capítulo, Mouliou rescata nuevamente las actitudes criptocoloniales incorporadas en el sentido de un patrimonio arqueológico de Grecia destinado al consumo extranjero. Tomando como base la importancia de la prensa para la conformación de las identidades nacionales (Anderson, 2006), realiza un análisis comparativo de dos periódicos griegos con enfoques políticos contrarios en los que las antigüedades se manifiestan en la esfera pública nacional entretejidas con discursos simbólicos e identitarios diferentes.

La segunda parte del libro evidencia la indispensable dimensión política y la disonancia implícita en las nociones de patrimonio y memoria, donde la arqueología ayudó a legitimar la construcción de identidades homogéneas por medio de las estrategias de recuerdo y de olvido que respaldaban discursos únicos sobre el pasado nacional (Connerton, 2002; Nora, 2008; Prats, 2004). Al igual que en la primera parte, estas aportaciones profundizan en cómo el pasado está inscrito en la vida social, mediante metáforas espaciales, y emerge de nuevo como evento en el presente; además, se indaga en cómo los museos y los espacios arqueológicos o *arqueologizados* actúan como espectáculos y agentes de *performance* que reclaman sin cesar la esencia del pedigrí helénico. Varios autores recurren al campo de la etnografía arqueológica para estudiar la manera en que las comunidades representan y dan significado a su entorno arqueológico, a menudo contraproducente con las representaciones académicas y oficiales (Hamilakis y Anagnostopoulos, 2009).

Entre tanto, se revelan los procesos de construcción de la memoria histórica, que incorporó elementos de la identidad cristiana ortodoxa, proporcionados por el pasado bizantino y necesarios para la continuidad identitaria, que consolidaron a la nación griega como una civilización helenocristiana, continuadora auténtica de su pasado antiguo (Hamilakis, 2007; Herzfeld, 1986; Kitromilides, 1998). Se demuestra cómo, en Grecia, la reestructuración del pasado nacional se sostuvo en mecanismos de gentrificación de la memoria (Brown-Saracino, 2010, citado en Galiniki), purificación de testimonios materiales polifacéticos y transformación de áreas urbanas de acuerdo con las circunstancias y las necesidades nacionalistas. En este proceso se eliminaron meticulosamente otros periodos históricos y manifestaciones culturales populares y se silenciaron los recuerdos colectivos que no concordaban con la narrativa nacional, mientras se encontraban o se construían otro tipo de evidencias y símbolos específicos, necesarios para apoyar las nuevas formas de identidad.

En los dos capítulos siguientes se examinan un par de casos concretos, implícitos en las políticas nacionalistas, cuyo objetivo fue el fomento de narrativas que respaldaran sus fronteras nacionales, la construcción de identidades étnicas y el desarrollo económico de la región. Galiniki nos expone iniciativas políticas contradictorias en torno a la modificación sistemática de los espacios públicos

de Tesalónica: mientras que, a principios del siglo XX, se optaba por una remodelación radical de la ciudad, destruyendo gran parte del pasado otomano para reinventar su deseada *helenidad* y continuidad histórica; en los últimos años, el multiculturalismo fue paulatinamente aceptado y reforzado como un elemento constitutivo de su identidad, así como por su potencial turístico.

En el sexto capítulo, Konstantinou ofrece un ejemplo adicional de aquella coyuntura histórica: el caso de Dodona, que pasó por un proceso similar de integración en la narrativa nacional para poder «recuperar» la conexión perdida con Grecia. Allí, la homogeneización lingüística y religiosa ocurrió con términos etnológicos de poblaciones autóctonas, con la proyección de las evidencias materiales necesarias y con nuevas instituciones sociopolíticas que reforzaran los discursos oficiales.

Posteriormente, Anagnostopoulos examina el derecho griego, que ambiciona recomponer un territorio nacional de continuidad interrumpida. En analogía con el concepto foucaultiano de *heterotopía* (Foucault, 1986), estudia Grecia como un país de espacios paralelos incompatibles, que se balancea en un esfuerzo interminable por encontrar un equilibrio entre el pasado y las demandas del presente. La paradoja de la ley arqueológica consiste en establecer zonas utópicas de protección absoluta, lo que, a falta de criterios definidos con claridad, no solo conlleva interpretaciones relevantes y contradictorias, sino que también choca con los aspectos prácticos de la vida cotidiana.

En su última parte, el libro se concentra en el valor de usar las narrativas históricas como elementos constitutivos de diferentes comunidades imaginarias, articulados con la idea de que «transmitir una memoria no consiste solamente en legar un contenido, sino en una manera de estar en el mundo» (Candau, 2002: 110). Las aportaciones de esta sección aglutinan un eje común que permite estudiar la memoria como una noción viva, parte de un proceso selectivo y dinámico, lleno de imposiciones, pero también de conflictos y negociaciones que se deben a la propia naturaleza de las sociedades heterogéneas. En afinidad con el pensamiento bourdieuniano, los autores tematizan los fenómenos patrimoniales como campos que encarnan las luchas de diferentes actores sociales, políticos, étnicos o académicos, nativos y foráneos, para imponer sus versiones en torno al pasado, en el marco de propuestas sobre patrimonios críticos, difíciles y siempre en disputa (Bourdieu, 1990; Harrison, 2013; Harvey, 2015; Howard, 2003; Macdonald, 2009).

Dado que los recursos son portadores de elementos simbólicos diferentes, socialmente contruidos y constantemente cambiados (Appadurai, 1986), en esta parte se propone repensar la relevancia cultural de los contenidos del pasado, asimilada en bienes patrimoniales que a menudo se califican como feos, miserables, agresivos, ofensivos, arrogantes, contaminados o bárbaros. Esta subjetivación calificativa anticipa una variedad de criterios axiológicos y perspectivas sociales implícitas, sin dejar de lado el impacto afectivo de la memoria histórica, la cual se expresa prácticamente en la dimensión humana, inescapable del propio quehacer arqueológico.

En el octavo capítulo, Gazi estudia las críticas relacionadas con el nuevo museo de Acrópolis y su vista interrumpida a la cima de la ciudad antigua, derivadas de perspectivas en torno a la supuesta sacralidad del espacio. Reinaugura el análisis de las decisiones políticas que optaron por hacer desaparecer las manifestaciones culturales e históricas distintas a las de la época clásica, dentro y fuera del museo, presentando argumentos, prioridades y puntos de vista controvertidos sobre el patrimonio.

Por otro lado, Stefanou y Antoniadou sugieren focalizar los elementos silenciados en relación con la memoria de Eptapyrgio, un complejo arquitectónico que suele ser representativo de los monumentos bizantinos de Tesalónica y que, durante del siglo XX, fue utilizado como prisión. Señalan que, lejos de encarnar un pasado homogéneo, a nivel interpretativo, no se incorporan los testimonios orales de grupos afectados que lo recuerdan como un infierno, lo que ha provocado que estos se sientan marginados y discriminados.

Nuestra difícil relación con los testimonios del pasado visibles en los espacios públicos emerge incluso en el campo del arte contemporáneo, como lo demuestran Yalouri y Rikou en el último capítulo del libro. Las apuestas estéticas tampoco han logrado cuestionar suficientemente el predominio de las imágenes clásicas y revelar los conflictos en torno a los pasados competentes, cayendo constantemente en interpretaciones que derivan de generalizaciones atemporales y preconcepciones históricas estereotipadas.

Esta cuestión es central en todo el libro y permite analizar el patrimonio arqueológico en el corazón de los fenómenos memoriales, gracias a su potencial para visualizar gloriosos orígenes culturales y respaldar las identidades contemporáneas. Solomon realiza un excelente trabajo al recopilar y sistematizar los debates actuales relacionados con las políticas de la memoria, pero también con los desafíos colectivos de las narrativas hegemónicas; aunado a ello, los autores mantienen esta riqueza mediante su compromiso teórico con las temáticas investigadas.

El libro es un viaje a Chipre, pero sobre todo a Grecia, la cual, aunque ha incorporado patrimonios adicionales al imaginario nacional, sigue fundamentando su identidad contemporánea sobre la base del pasado clásico por excelencia, que reclama como un auténtico legado nacional que justifica un perpetuo deber occidental. En este contexto de persistentes relaciones criptocoloniales, se ilustra el mosaico de compilaciones memoriales que han estado llenas de contradicciones adicionales: la memoria o el progreso, la memoria viva o la memoria muerta; todos aquellos son dilemas que a menudo encarnan conflictos sociopolíticos y completan el panorama con recuerdos alternativos y pasados competentes. Se trata de una imprescindible demanda de considerar la relatividad sociohistórica de los recursos patrimoniales, como sostiene la pregunta planteada por Gazi en el título de su capítulo: «... which view to the Acropolis?».

